

Claudia

Yasmina Esteve Centellas

# *Claudia*



*La historia de un comienzo*

**Yasmina Esteve**

# Capítulo 1

## PRÓLOGO

Sentía mi cuerpo pesado como el plomo, estaba cansada, pero algo hacia que me despertara, sentía como el sol calentaba mis parpados y me obligaba a salir del profundo sueño en el que estaba sumergida. La claridad me molestaba, cerré mis ojos con fuerza y los cubrí con mi brazo. Me aparté de aquella cegadora luz y poco a poco volví a abrir mis ojos. No reconocía aquel lugar, aquellas paredes de piedra, polvorientas, como si hiciera años que nadie las hubiera limpiado. La cama, de hierro y con un hundido colchón. Un viejo escritorio carcomido con unos armarios de cristal, a través de los cuales apenas se podía ver a causa de la suciedad. El único objeto en toda la habitación que no estaba cubierto de polvo, era una maleta de viaje de color rojo, mi maleta. Era lo único que reconocía en aquél lugar. Me puse de pié, mis botas estaban al lado de la cama, había dormido con los vaqueros y el sueter negro que llevé el día anterior. Sentí frío al levantarme de aquel viejo camastro, me puse las botas, me llegaban hasta casi la rodilla, así que calmaron en parte el frío de mi cuerpo. Tan pronto como me puse de pie, la tarima de madera crujió bajo mis pies. Fue entonces cuando presté atención al suelo, las tablas de madera estaban tan deterioradas que muchas no se tocaban entre sí, otras estaban arqueadas, haciendo muy fácil tropezar con ellas si no caminaba con cuidado. Incluso alguna que otra amenazaba con desquebrajarse bajo mis pies si la pisaba.

Quería salir corriendo de aquél sitio, quería volver a mi casa, aquella en la que las ventanas cerraban sin permitir que entrara el aire, donde el suelo era seguro y los muebles no estaban carcomidos, donde escuchaba corretear a mis hermanos pequeños por el pasillo. ¡Quería volver a casa! ¿Cómo había llegado allí?

\*\*\*

Ya han pasado muchos años, pero todavía recuerdo la incertidumbre que reinaba en mi cabeza aquella mañana.

Me llamo Claudia María Castell Gutierrez, y para comprender cómo llegué a aquél lugar, debo contaros mi historia desde el principio, desde el día en

que todo en mi vida empezó a cambiar.

## Capítulo 1

### La despedida

No podía creer que aquel día hubiera llegado. Aquella fecha, que marcada en el calendario de la nevera, me había dado tanto miedo.

Me hubiera gustado pensar que atrás quedaría mi familia, mis compañeros de clase, mis lugares preferidos, las tardes entre risas con mis amigos. Me hubiera gustado pensar que todo mi mundo se esfumaría aquel día rodeado en rojo en el calendario. Pero no era así. Nada de eso quedaría atrás porque no tenía ya nada de eso. De todos modos me daba miedo. Y aquel día, había llegado.

Todo había comenzado unos años atrás. Cuando los trabajos de mis padres empezaron a verse afectados por la crisis. En aquél momento, ni mis hermanos pequeños ni yo misma, éramos conscientes de lo que ello podía conllevar. Las tensiones crecían día a día en casa. Mis padres, dos personas que nunca se habían dicho una palabra más alta que otra, comenzaban a discutir, casi siempre a causa de temas económicos.

Pasaban los años, y en una ciudad como Valencia, sumergida en plena crisis, una familia no se podía mantener solamente de los meses turísticos. Pero ahora, en la lejanía de los años, sé que no fué aquello lo que llevó a mis padres a tomar aquella dura decisión. Lo que les empujó a aquel cambio radical de vida, fui yo.

Era algo que en aquél momento me negaba a ver. Culpando a todos y a todo de cuanto sucedía en mi vida. Por aquellos años, entre riñas, discusiones, amistades de las que escuchas cuanto quieres oír, amores y desamores adolescentes y el contacto con algunas drogas, yo me había convertido en "una jovencita sin interés alguno por asistir a clase", como decía una de mis profesoras. Era una joven a la que empezaba a gustarle

demasiado meterse en problemas y muy poco meterse en su casa.

En algunas ocasiones pasaba por casa, y antes de entrar en mi habitación hasta volver a irme, entraba en la cocina para coger comida de la nevera. Entonces encontraba a mis padres hablando de ir a vivir a otro lugar. Pero nunca pensé que aquel día realmente pudiera llegar. Mis padres no serían capaces de dejar todo cuanto tenían por un simple empleo en otra parte. Pensaba.

Todo cambió un miércoles por la noche. Salí de mi casa para ir de fiesta a un parque con mis amigos. Que más nos daba que fuera un día entre semana. Para ninguno de nosotros significaba nada eso, al día siguiente no teníamos que ir ni a clase ni a trabajar. Apenas recuerdo nada de aquella noche, más que lo que familia y médicos me contaron después. Solo se que había bebido demasiado y alguien llevó pastillas. No sé cuantos las probaron, pero yo fui una de ellas. Con los siguientes tragos de algún vodka de garrafón que alguien había mezclado con coca-cola, mi cuerpo dijo basta. Lo último que recuerdo es a mi misma vomitando, y una sensación repugnante recorriendo todo mi cuerpo. Después, nada.

Tiré todo cuanto había en mi estomago de lo que había bebido aquella noche. Y aquello, seguramente, fue lo que me salvó la vida.

Lo siguiente que recuerdo era una habitación de hospital. La ropa, manchada de mi propio vómito. Oscuridad de nuevo. Voces, un pitido intermitente, silencio. De nuevo volvían los sonidos, las voces, e imagenes borrosas entre mis pestañas. Nada, otra vez. Sueños, pesadillas, aquel pitido intermitente, voces, luces y sombras... esta vez fueron cogiendo nitidez, veía mis manos, una pulsera blanca, mi ropa, no, no era mi ropa.

- ¡Claudia! -escuché que exclamava la voz rota de mi madre.

Estaban allí los dos, mi madre y mi padre. Con las caras desencajadas. Llorando. Y acercandose rapidamente hacia mí para abrazarme. Hacía mucho que no recibía un abrazo de mis padres. Bajo algunos efectos del alcohol y las pastillas que todavía permanecían en mi cuerpo, yo me mantenía ajena a aquella escena. No comprendía lo que ocurría.

-Gracias a Dios que has despertado. No hubiera soportado que tu... - Dijo mi madre. Llorando y abrazándome.

Aquella noche, varios de mis amigos habían terminado también en el hospital, pero Aurora, mi mejor amiga, nunca más recibiría un abrazo de sus padres, ni mio, ni de nadie.

Aquellos hechos, marcaron un antes y un después en nuestras vidas. Yo no estaba preparada para asumir así una pérdida, tampoco para pensar que podría haber sido yo la que no hubiera despertado. Dejé de hablar. Si

antes no entraba en casa, a raíz de aquello, no salía de mi habitación. Pasaron los días y las semanas, tal vez algún mes. Ciertamente no se cuanto tiempo había pasado. Hasta que mis padres tomaron la decisión de que no podían cambiar lo ocurrido, pero si evitar que nuestras vidas se consumieran poco a poco en aquel piso entre cientos iguales.

Fue cuando se marcó de rojo el veintitrés de junio en aquel calendario. Nos iríamos lejos de la ciudad, a uno de esos pequeños pueblos de la España vacía, donde ahora buscaban gente para trabajar y habitar las casas.

De pie, junto a mi maleta roja, observaba un paso por detrás como mi madre y mis hermanos esperaban que llegara mi padre con el coche. Subiríamos nuestras maletas en él y nos iríamos. Varios vecinos del barrio, con quien mis padres tenían amistad, se acercaron a despedirse. Mis abuelos paternos, los únicos que vivían en la ciudad, habían cenado la noche anterior en nuestra casa y ya se habían despedido. Aquella noche no había sido distinta a las demás para mi, no salí de mi habitación, no dije ninguna palabra y no me despedí de nadie. Aquella mañana sentí que nadie había ido a despedirme a mi. Supongo que esperaba que aquellos amigos con los que pasaba las horas aparecieran entre los coches. Pero habían pasado meses desde lo ocurrido, meses en los que no había hablado con ninguno de ellos. Y en los que a ellos, imagino, también les había cambiado la vida. Seguramente a alguno para mejor y a la mayoría para peor.

Quince minutos más tarde, ya salíamos de Valencia por una de las avenidas principales. Dirección Madrid, para después continuar hacia el norte. Dejando atrás todo cuanto tenía y conocía.

Fueron muchas horas de viaje, en las que pasé más tiempo junto a mi familia del que había pasado desde hacía años. Pude ver a mis hermanos, sentados a mi derecha. Ya no eran niños pequeños, se estaban convirtiendo en jóvenes que llevaban una conversación madura con mis padres. Parecían mucho más conformados que yo a hacer aquel cambio. ¿cuánto me había perdido de mis hermanos? Aquellos con los que tanto había jugado, aquellos con los que en los últimos tiempos solo había intercambiado cuatro palabras, la mayoría insultos para que se apartaran de mí. Las horas en el coche me permitieron pensar de una forma muy distinta, me había aislado tanto de mi familia, primero en distancia, después en mi misma. Eran una familia, si. Pero para mi eran prácticamente desconocidos. ¿Qué había hecho todo aquel tiempo? Los años comenzaban a verse en los rostros de mis padres, más incluso de los que tenían, y comprendí que yo había sido la responsable de muchas de sus riñas y preocupaciones.

Al fin, el coche se detuvo. Habíamos llegado al pueblo donde yo, con mi

comportamiento autodestructivo había llevado a mi familia.

Se hizo un silencio, en el que todos miraron por las ventanillas del coche cuanto nos rodeaba.

-Lo siento. -Fueron mis primeras palabras en todo el viaje, en varios meses.

Mi padre, con ojos abiertos como platos, me miró por el espejo retrovisor, buscando a esa hija ausente durante tanto tiempo. Mis hermanos me miraron sorprendidos. Mi madre, con los ojos empañados y una sonrisa, atónita ante aquella voz baja y ronca que salió de mi garganta, alargó su brazo a través de los asientos y cogió mi mano.

-Estamos más juntos que nunca. Te queremos, hija.

## Capítulo 2

### CAPITULO 2

#### LA BIENVENIDA

Tras unos instantes cargados de sentimientos, miradas y algún amago de sonrisa en el interior del coche, en los que fui más consciente que nunca de la segunda oportunidad que la vida me había dado, salimos mirandonos los unos a los otros.

- ¡Hola! - escuchamos desde unas casas más abajo.

Una señora regordeta subía la calle con paso dificultoso pero acelerado. Se detuvo unos instantes, tomó aire y sonriendo continuó acercándose a nosotros.

-¡Buenas tardes! Que ganas de que llegarais. ¿Ha ido bien el viaje? Espero que si. Estaréis agotados, ¿verdad? venid, os enseñaré vuestra casa. ¡Ay! que mal educada, no me he presentado - paró de hablar un instante, tomó aire y prosiguió- Soy Maruja, la mujer de Tomás, el alcalde, él no podía estar aquí para recibirnos, -miró a los lados y bajando la voz continuó- le han surgido unos asuntos con los lindes, al parecer, el hijo del Manolo ha cortado una carrasca que... ¡Ay! Os estoy entreteniendo, con las ganas que tendréis de entrar y descansar del viaje. -abrió la puerta y nos hizo un gesto para que pasáramos- Tomar, estas son las llaves de vuestra casa. La de esta puerta, la del corral y la de un candado que no recuerdo donde esta... tal vez arriba en la buhardilla... Si hablo mucho decírmelo eh, todo el mundo me dice que no sé cuando callar, pero aunque no creo que sea verdad, vosotros si hablo mucho me lo decís.

Tras esa autoreflexión de Maruja en voz alta, se hizo un pequeño silencio que mi padre fué rápido en aprovechar, pues mis padres aún no habían podido hacer más que fracasados intentos de comenzar alguna palabra.

-Muchas gracias Señora Maruja, no sabe cómo le agradecemos que nos haya recibido así. Lo cierto es que si estamos un poco cansados y nos gustaría empezar a sacar las maletas del coche y descansar un rato. Más tarde saldremos a dar una vuelta por el pueblo, seguro que entonces podemos verla a usted y a su marido. Así nos presentaremos formalmente.

-¡Claro que sí! - prosiguió Maruja en cuanto mi padre terminó de carrerilla todo lo que tenía que decir. - Cuando queráis podéis pasar por mi casa, ya sabéis que vivo un par de casas más abajo. Pero antes os

tengo que explicar un par de cosas de la casa. Así os costará menos instalarlos. No sé si mi marido os habló de la casa, este hombre... es más seco que un mendrugo de pan. Es hombre de pocas palabras mi Tomás. En fin, venir. Por esta puerta se entra a la cocina...

Todos la siguieron a través de las puertas, la señora Maruja iba abriendo ventanas cada vez que entraba en una estancia distinta. A través de los rayos de luz, se veía una densa capa de polvo en suspensión por toda la casa. Parecía que aquella casa hubiera estado cerrada desde hacía muchos años.

-El tejado está nuevo, lo cambió el Nemesio antes de morir, - se paró en seco, se santiguó- Dios lo tenga en su gloria. Nemesio era el dueño de la casa. Era viudo. Su mujer, la María, faltó unos años antes- de nuevo se paró en seco y mirando hacia arriba se santiguó- que Dios la tenga también en su gloria. No tuvieron hijos así que la casa se quedó a disposición del pueblo. Lo que sigue ya lo conocéis.

Continuó saltando de estancia en estancia, hablando y hablando sin parar. A lo que mis padres contestaban con monosílabos y hacían señales a mis hermanos para que dejaran de reír de lo cómico de la situación.

Yo permanecía de pie en la entrada de la casa, todo aquél monólogo de fondo recorriendo las estancias, la cantidad de polvo acumulado, la tristeza en sí de aquel lugar abandonado y todos los pensamientos que llegaban del pasado hasta mi mente me superaban. Me sentía perdida, nada allí era mio, no tenía un espacio mio donde resguardarme del mundo. En mi casa de Valencia yo estaría dentro de mis paredes, a salvo, pero allí... nada era mío, solamente la maleta roja me resultaba familiar. Estaba en el coche. Cada vez la maleta se hacía más presente en mi cabeza, necesitaba algo a lo que aferrarme en aquella casa.

De pie, sola, mientras todos habían subido a la planta de arriba con Maruja, comencé a sentir pánico, en mi mente ahora solo había un pensamiento, coger mi maleta roja, tenerla junto a mí, mirarla y tocarla para poder sentirme cerca de mi casa, de mi habitación, aquella de la que no había salido en los últimos meses.

Casí corriendo, salí a la calle, en mi mente, solamente la imagen de mi maleta. Tal era mi concentración en aquél objeto al que deseaba llegar, que al cruzar la estrecha calle empedrada, no ví un coche que subía hacia arriba.

Frenó, paró a un palmo escasó de mi, yo me quedé parada, mirando el coche, sin ver el conductor, sin ver nada, solo un coche blanco. Se abrió la puerta del conductor y este bajó acercandose deprisa hacia mi.



-¿Estas bien? ¿Esque no miras antes de cruzar? ¡Menudo susto me has dado niña!

Lo escuchaba pero no lo veía, solo un coche blanco. Recordé las carreras ilegales a las que tantas veces había ido en Valencia. Me había subido a coches de gente a la que apenas conocía. Había conducido incluso en alguna ocasión varios coches por los polígonos. Había corrido tanto peligro durante aquellos años. Ahora lo veía.

-¿Estas bien? - Dijo en un tono más suave y poniendo una mano en mi brazo.

Entonces reaccioné, desperté de mis recuerdos. Aparté el brazo en un reflejo involuntario y fué cuando ví a quien casi me había atropellado.

Era alto, seguramente mediría un metro ochenta. (Yo no era bajita, pero me sentí pequeña de repente a su lado) Musculoso, vestido con ropa oscura y de pelo castaño y ondulado.

Recordé su pregunta. Asentí todavía aturdida, apartando de nuevo la mirada hacia el coche.

-Si, estoy bien.

-Disculpa, no es normal curzarse a nadie por esta calle. Iba algo deprisa. ¿Vas a vivir aquí? Me han dicho que venía una familia nueva. Mi familia y yo vivimos más arriba. Al final de la calle.

Trás un silencio incomodo al que yo estaba más que acostumbrada se movió hacia la puerta del coche para entrar de nuevo.

-Bueno, tengo que irme. Supongo que nos veremos pronto. Por cierto, Maruja os ha organizado una fiesta sorpresa, hazte a la idea, aunque... yo no te he dicho nada. -Dijo sonriendo mientras cerraba la puerta y yo terminaba de cruzar la calle.

El coche desapareció a pocos metros, las casas hacían una curva más arriba. Apenas recordaba porque había salido tan deprisa a la calle. ¿Cuál había sido el motivo para salir de esa forma a buscar mi maleta? ¿Una fiesta sorpresa? Eso era justo lo que menos me apetecía. ¿Tan evidente era que hasta aquel conductor kamikace se había dado cuenta?

Cuando volví a entrar a la casa con mi preciado tesoro a rastras mis padres ya acompañaban a Maruja hacia la puerta. Le dediqué una mueca a modo de intento de sonrisa y continué hacia el comedor.

Escuché unas últimas palabras de Maruja mientras se cerraba la puerta.

Aquella mujer hablaba por ella, por mi y por tres más.

-Al fin solos. -Dijo mi madre dando un suspiro. Ella y mi padre se abrazaron en la entrada de la casa. Se miraron un instante y sonrieron.

- Ven Claudia. - Dijo mi padre mirandome. -¡Chicos bajar un momento! - Gritó mirando hacia el piso de arriba, donde se encontraban mis hermanos. Y en cuanto todos llegamos, abrieron sus brazos para que todos nos abrazáramos juntos.

- Sabemos que todos tendremos que hacer sacrificios, pero nos irá bien. Aquí, en esta casa, vamos a comenzar una nueva vida, todos juntos.

Aquel abrazo grupal me aportó un calor que añoraba, pero que al mismo tiempo me resultaba incomodo. Deseaba que las cosas cambiaran, no quería volver a aquellos días en los que casi perdí la vida. Aunque este cambio tan grande, me daba miedo y sentía que tampoco este era mi lugar. Pero eran las consecuencias de lo que yo había hecho y debía afrontarlas.

-Ahora vamos a entrar las maletas y a comer algo. ¿Os parece bien?. - Dijo mi madre deshaciendo aquel nudo de brazos y cuerpos que habíamos formado.

Mis hermanos gritaron un isí!, parecían habrientos aún después de haber pasado el viaje comiendo pipas, papas, doritos y todo cuanto pasó por sus manos.

Se llevaban dos años entre sí. Iván era el más pequeño, tenía diez años. Había sacado el pelo castaño de mi madre, pero los ojos marrones de mi padre. Nunca nadie había conseguido domar aquellos cabellos, ni tampoco cortarlos sin una previa lucha para convencer a su dueño de rebajar la melena. Desde pequeño había tenido un espíritu rebelde, que en muchas ocasiones me había desquiciado y enfurecido viviendo en Valencia. Al menos hasta el día del hospital. Después de aquello apenas había hablado con él.

Manu, el mediano, con doce años era ya prácticamente un hombre. Tenía el pelo negro, como nuestro padre. Siempre había sido un niño sensato, responsable. Al contrario que Iván, solía llevar el pelo muy corto, o bien iba a la peluquería o pedía a mi madre que se lo cortara en casa. Aunque siempre sospeché que lo hacía para no tener que peinarse cada mañana.

Como yo ya había entrado mi maleta, fuí a la cocina mientras los demás entraban el resto de cosas.

Busqué un trapo por los cajones y armarios. Me sorprendió ver que estaban repletos de cubiertos, cazos, sartenes, trapos. No eran nuevos,

pero se notaba que todo había sido cuidado y colocado meticulosamente en su lugar. Hacía tiempo que estaban allí, una capa de polvo cubría todo aquello que había dentro de los armarios que no cerraban del todo bien. Todo aquello debía de haber pertenecido a los antiguos propietarios de la casa.

Cogí uno de los trapos más desgastados que vi y lo pasé por la mesa que había en la cocina. Pronto me dí cuenta que también debería pasarlo por las sillas. No tardaron en entrar con las maletas, y como no, con aquella nevera de playa azul con el ansa blanca que nos había acompañado toda mi vida. No recordaba ya el último día que la habíamos utilizado para ir de acampada o a la playa. Aunque seguramente ellos si la habrían utilizado en los últimos años. Mi padre fregó unos platos que sacó del armario y dejó este abierto para que se aireara. Mi madre comenzó a sacar fiambreras de la nevera, lo que me hizo reír recordando un monólogo de Dani Rovira.

Después de comer pasamos la tarde limpiando y ordenando nuestras cosas. Mi madre me acompañó a mi habitación, que estaba en la planta de arriba, igual que las de mis hermanos. Por el ruido al abrir la puerta, habría jurado que hacía siglos que nadie la había abierto. El aire de aquella habitación era frío y olía a madera humedecida y a cerrado. Un armario repintado con infinitas capas de pintura, un mueble escritorio con una pequeña estantería acristalada sobre él y una vieja cama de hierro eran todo el mobiliario que había sobre aquel desigual suelo de madera que se extendía por toda la planta superior. Parecía que años de goteras habían maltratado aquel suelo hasta que el anterior propietario cambió el tejado, por suerte para nosotros.

Ya se hacía tarde, así que no nos esmeramos demasiado en la limpieza, quitamos la colcha polvorienta que cubría la cama, estaba totalmente hecha, como si quien la hizo, esperara una visita que nunca llegó. Lo quitamos todo y colocamos sábanas limpias de las que habíamos traído. Por suerte el colchón no estaba en muy mal estado, como deseaba que llegara ya el camión de la mudanza y nuestras cosas se instalaran con nosotros. La primera noche no sería la más cómoda en aquel colchón, pero habría preferido meterme en aquél instante en la vieja cama que salir a dar el paseo que mis padres habían prometido a Maruja, aún más sabiendo lo que me había dicho el conductor kamikace acerca de la fiesta sorpresa.

Mi madre bajó a su temporal habitación improvisada en la salita para cambiarse y yo salí de la mía para dar una vuelta por la planta superior. En total habían cuatro puertas en esta planta. Justo enfrente al subir por las escaleras estaba la habitación de mis hermanos, que por entonces compartían dormitorio, esta quedaba sobre el comedor y daba a la calle. A la izquierda de esta estaba mi puerta, que también estaba sobre el comedor, pues ocupaba casi media planta baja. La mía, en cambio daba al

patio trasero. Al otro lado, sobre la cocina y la salita, habían otras dos habitaciones que por el momento permanecían cerradas, una de ellas sería para uno de mis hermanos.

Entré en la que quedaba en frente de la mía. Allí el olor a humedad era más fuerte, habían cajas de cartón apiladas, las del suelo estaban rotas y el cartón se notaba arrugado, como si se hubieran mojado. Bajo una sabana blanca llena de agujeros, había una cama de hierro desmontada, similar a la que había en mi habitación. Al fondo parecía haber una cómoda antigua, también cubierta con una sábana que a causa del polvo tenía poco ya de blanca. En el suelo, una cesta de mimbre, llena de lana, telas y papeles rotos. Quise apartarla con el pie para evitar llenarme de polvo y llegar a cerrar la ventana, que estaba abierta, la cual también daba al patio trasero. Pero justo cuando la moví escuché algo, estaba segura de que era un animal, ¿cómo no había pensado que podían haber ratas allí? Seguro que habían hecho el nido en aquella cesta. Dí un salto hacia atrás, viendo como algo bajo las lanas se movía. Fue tal el asco y la repulsión que me dió pensar que en cualquier momento saldría una rata de la cesta, que me dí la vuelta y cerré la puerta a mis espaldas.

Bajé al cuarto de baño para lavarme las manos y no me sorprendí cuando el agua comenzó a salir marrón por el grifo. Después de más de un minuto, el agua comenzó a tomar un tono menos escalofriante y cuando consideré que ya era aceptable me lavé las manos. Siempre me habían dado miedo las ratas. Las ratas, las cucarachas, las serpientes, los gusanos... ¿Qué demonios hacía yo viviendo en un pueblo en mitad de la montaña?

Decidí no pensar más en aquella cesta y salí. Mis padres y mis hermanos ya me esperaban en el comedor para salir a conocer el pueblo. No me apetecía nada salir y tener que ver gente nueva. Y si lo que aquél conductor kamikace me había dicho era cierto, me esperaban demasiadas caras nuevas.

Aquel día de junio estaba siendo el más largo de mi vida. Eran las ocho de la tarde y sentía como si hubiera pasado una semana desde que salimos de casa aquella mañana.

Nuestro coche continuaba aparcado frente a la casa. Era extraño verlo aparcado tan cerca. Calle arriba, unas cuatro casas a la izquierda, salía una calle que llevaba hasta la plaza principal del pueblo, en ella estaban el ayuntamiento, la iglesia y el bar, algo me decía que este último era el que más feligreses acogía cada día. La calle que daba la vuelta por detrás de la iglesia era el final del pueblo, justo detrás de esta, comenzaba un camino que seguía hasta la montaña que se veía sobre el pueblo casi desde todas partes. De nuevo en la plaza, con la iglesia a nuestras espaldas, otra calle bajaba en sentido paralelo a la de nuestra casa. El suelo de la plaza y algunas calles era de adoquines modernos, pero los de

esta empinada callejuela eran antiguos, sus cantos eran redondeados y pulidos a causa del paso de los años, seguro que en invierno bajar aquella calle se convertía en algo más peligroso que mis antiguas carreras ilegales. Mis padres y mis hermanos hablaban, pasamos junto a una tienda de ultramarinos que estaba abierta, mi madre quiso entrar a comprar unas cuantas cosas y me pidió que entrara con ella. La tienda era pequeña, las estanterías de madera, el pequeño mostrador parecía nuevo, aunque no era como el de las tiendas de Valencia, era rudimentario, sencillo. La tienda era básica pero completa, tenía productos de limpieza, de higiene personal, comida, e incluso una esquina dedicada a ropa y calzado. Pero no había nadie.

- Hola, ¿hay alguien? -dijo mi madre al ver que nadie salía desde la trastienda.-

- ¡Hola! - contestó una voz que entraba de la calle por detrás de nosotras, al tiempo que nos sobresaltaba.- soy Carmen, la dueña de la tienda. Disculpar, me había acercado a casa de Juana a llevarle la compra, ya está mayor para ir cargada con peso.

- Nos ha extrañado mucho que la tienda estuviera abierta y no hubiera nadie vigilandola.

- Tranquila, aquí las cosas son así. A mi también se me hizo muy raro cuando llegué, entonces la tienda pertenecía a la hermana de Juana, y tenías que ir a buscarla cada vez que necesitabas algo. - Carmen sonreía al recordar aquello. Hizo una pausa con la que cambió de tema.-

- He visto a los tres hombres en la puerta, debeis ser la familia que llegaba hoy. - aquella mujer sonreía con la mirada.-

-Así es, hemos llegado hace apenas un par de horas. En el coche hemos traído lo justo para la comida y la cena. - contestaba mi madre en un tono amigable, sin duda había conectado con aquella mujer.- Yo soy María y ella es mi hija, Claudia.

Ya estaba aquella sensación de nuevo, cuando los ojos de alguien desconocido se centraban en mi y quería que me tragara la tierra. Pero fue distinto, cuando miré a los ojos de la tendera tuve una sensación extraña para mi, como si la conociera ya de algo. No me dijo nada, como si supiera que necesitaba ese espacio, pero me dirigió una mirada tierna acompañada de un casi imperceptible gesto en su rostro con la que me sentí más en casa de lo que podría imaginar.

- Los que están fuera son mi marido, Ricardo, y mis hijos Manu e Ivan.

- Es un placer que esteis aquí. Mi familia y yo nos mudamos aquí hará un año y medio, y hasta ahora eramos los más jóvenes del pueblo. Mis hijos

estarán encantados de tener por aquí más gente de su edad. - Me miró, hizo una breve pausa y continuó hablando con mi madre.- Tengo tres hijos también, dos chicos y una chica.

- ¡Vaya! Eso es genial. ¿Has oído eso Claudia?

Asentí en modo automático. Y seguro que uno de ellos es el loco del coche, pensé.

Ambas continuaron hablando mientras mi madre cogía lo que habíamos entrado a buscar. Sobre todo comida para el día siguiente y algunos utensilios de cocina.

Después fuimos a dejar las cosas en la casa y nos dispusimos a afrontar nuestro destino, pasar por delante de la ventana de Maruja y Tomás. Temíamos que si no vendrían ellos a casa y conociendo a la mujer del alcalde, la visita podría alargarse mucho y todos teníamos ganas de descansar. Lo que yo temía pero mis padres no sabían era lo que me había chivado el kamikace, que nos tenían preparada una fiesta sorpresa. "Puedo fingir que me encuentro mal", pensé. "No". Contestó rápidamente otro pensamiento en mi cabeza. "Esto va de cambios, no de continuar haciendo lo mismo, Claudia", rebatían los pensamientos en mi interior.

Y así hicimos, bajamos por la calle, apenas habían cinco casas más y ya se terminaba el pueblo. Llegando a la tercera, ya sentíamos las miradas que nos observaban desde detrás de las ventanas. Y cómo no, no tardamos en escuchar a alguien que nos llamaba.

-¡Hombre, que alegría ver caras nuevas! - Se trataba de una voz grave, masculina.

- Hola, buenas tardes. - Contestó mi familia.

- Sois los valencianos, ¿verdad?

-Así es, hemos llegado hoy mismo, yo soy Ricardo- dijo mi padre. - Esta es mi familia- dijo mientras nos señalaba.

Tras el breve momento de las presentaciones el hombre, que se llamaba Ramón y resultó ser hermano del alcalde nos invitó a acompañarle a su casa para presentarnos a los suyos. Y como no podía ser de otra forma, los suyos resultaron ser todos los vecinos del pueblo, que por suerte para mi, no eran más de once.

El primero en hablar fue el alcalde, Tomás, o mejor dicho su mujer, pero pronto la hicieron callar para dejar turno de palabra al marido. Tras unas palabras de bienvenida, presentó a quienes se habían congregado en la

casa en nuestro honor.

- Ya conoceis a mi mujer, Maruja. Y la que está a su lado es Juana, la vecina más longeva a sus ochenta y siete años. El que os ha traído hasta aquí ya lo conoceis, Ramón, mi hermano, que está casado con Alodia. Y este que está a mi lado es su hijo, Francho, el único de su generación que de momento no se ha ido a vivir fuera. Creo que a Carmen ya la habeis conocido en la tienda, este es Rodrigo, su marido y sus hijos Arkaitz- dijo tratando de pronunciar bien el nombre-, Dari y la más pequeña hasta ahora, Amaia.

El alcalde hizo una pausa y después continuó hablando.

- Rodrigo es maestro, ya os contará mejor él. Pero lo cierto es que desde que llegó me ha quitado un peso muy grande con todos los papeles del Ayuntamiento. Y gracias a Carmen hemos podido mantener la tienda abierta desde que la hermana de Juana murió hace un año. - Todos miramos a Maruja esperando que se santiguara, y así lo hizo, arrancando unas risitas escondidas en los más jóvenes.

Trás unos platos de picoteo con dulces típicos del pueblo y de la zona, vino, café y unas cuantas risas, nos despedimos para volver a la casa. Tardamos poco en ir cada uno a nuestras habitaciones y dormirnos. El día había sido agotador.

Lo que ocurrió cuando desperté al día siguiente, ya lo sabeis. Pero si quereis saber más sobre lo que ocurrió a partir de aquél día, solamente teneis que seguir leyendo.

## Capítulo 3

### CAPÍTULO 3

#### LOS HABITANTES DE LA CESTA

Acostumbrada a despertarme en mi habitación de Valencia, cuando abrí los ojos en aquel lugar me sentí perdida, desorientada. Observando los detalles que iluminaban los primeros rayos de sol del día decidí que aquello necesitaba un cambio.

Salí de la habitación. La casa estaba en completo silencio. Seguramente nadie se había despertado todavía, era temprano. Así que tratando de no hacer demasiado ruido me dispuse a recorrer la casa. Todavía no me sentía muy cómoda delante de mi familia. El día anterior había sido toda una prueba para mi y sentía la necesidad de estar sola. Y ahora, entre la soledad y el silencio de aquellas paredes, me encontré a gusto por primera vez desde que habíamos llegado.

Bajé a la planta inferior. Recorrí el comedor, el cual tenía en el centro una gran chimenea, en un rincón tenía un par de sofás y en el extremo opuesto una mesa en la que seis personas podían comer aunque sin demasiada holgura. El cuarto de baño también estaba en la planta baja, se notaba que había sido reformado hacía no muchos años. Tenía una ducha de esas en las que el suelo está formado por ladrillitos.

Después entre a la cocina, era antigua, pero estaba bien conservada, estaba la pequeña mesa auxiliar en la que habíamos comido el día anterior cuando llegamos, unas cuantas sillas de esas que el asiento está hecho con cuerda trenzada y otra puerta que daba acceso al patio trasero. Aunque estaba cerrada con llave y no pude salir, su contraventana de cristal me permitió ver un espacio lleno de yerbajos.

Decidí subir de nuevo a la planta de arriba, e inspeccionar un poco en la habitación de las ratas, quizá hubiera alguna ratera allí arriba. Abrí la puerta y allí estaba aquella cesta, llena de telas, trapos y... esos bichos asquerosos. Cerré la puerta a mi espalda. Alcancé a ver una escoba, traté de llegar a ella sin hacer mucho ruido para no despertar ni a mi familia ni a aquellos repugnantes habitantes de la cochambrosa cesta. Si tenía que vivir en aquella casa, desde luego no sería compartiendola con roedores. La ventana que daba al patio trasero continuaba entreabierta, así que me



decidí a zarandear con la escoba aquél canasto esperando que salieran huyendo dirección a la única salida. Empuñé la escoba como si de una espada se tratara y asesté un golpe seco al mimbre. Esperé impaciente el revuelo, esperé, no salió nada. ¿Se habrían ido al molestarlas el día anterior? Me acerqué para comprobar que no había nada. Ni un ruido. Ni un movimiento. La curiosidad me invadió y acerqué la mano para levantar la ajada tela que cubría parte del objeto. Un escalofrío recorrió mi columna, al tiempo que daba un salto hacia atrás y ahogaba un grito en mi garganta. Algo se había movido bajo la tela. ¿Y si no se trataba de ratas y era una serpiente? ¿Podría ser venenosa? Un sudor frío recorrió mi frente y los latidos de mi corazón se hacían presentes en las arterias de todo mi cuerpo. Un sonido salió de la cesta...

No podía creer lo que escuchaba. Me acerqué de prisa a la cesta y la destapé sin temor. La imagen que entonces vi fue tan triste como tierna. En el canasto habían cuatro pequeños gatitos. Tan famélicos y desnutridos que uno de ellos parecía llevar algunos días sin vida. Los otros tres apenas se movían. Apesar de ser verano estaban fríos. Eran como pequeños saquitos de fino pellejo envolviendo un puñado de huesos. Cogí a los tres vivos colocandolos en un marsupio improvisado con mi camiseta. El que estaba muerto lo envolví en el trapo con el que estaban cubiertos y los bajé a todos hasta la cocina.

Nunca habíamos tenido animales en casa, pero sabía que aquellos pequeñines necesitaban calor y comida. Saqué la leche de la nevera y la puse en un vaso para calentarla en el microondas. Y con una mano sujetando el bolsillo improvisado de gatitos y con la otra el vaso di una vuelta completa buscando el microondas. Estaba en el camión de la mudanza, todavía no había llegado, cómo no. Nunca había cocinado con fogones de gas, bueno, nunca había cocinado con ningún tipo de fogones, para que engañarnos. Sabía que funcionaban porque había visto a mi padre comprobarlos la tarde antes. Dejé a los gatitos sobre un trapo de cocina encima de la mesa y busqué un cazo por los armarios. Tras muchos intentos fracasados de encender los fogones me sentía frustrada. ¿Cómo iba a cuidar a esos gatos si siquiera podía calentarles leche? ¡Los gatos! Los miré y uno de ellos estaba apunto de caer por el borde de la mesa. Salí corriendo enganchando el cazo con la manga y desparramando toda la leche por el banco y el suelo. El cazo cayó al suelo armando un buen escandalo. Cogí al esquelético animal casi en el aire, lo junté con sus hermanos y al ver que no podría darles de comer me senté y los acerque a mi cuerpo para poder darles calor.

Comencé a escuchar ruidos en el resto de la casa.

La primera en llegar fue mi madre. Recorrió la cocina con su mirada y descubrió el desastre de cazo y la leche. Con la boca entreabierta, buscando unas palabras que no aparecían continuó observando la escena. Finalmente me vio a mi, medio llorando y abrazando algo que no

distinguía entre la ropa, los dedos y mis largos cabellos ondulados y castaños que niquiera me había molestado en peinar esa mañana.

Medio llorando. Llorar. Hacía muchos años que nadie me había visto llorar. Y desde la noche en que terminé en el hospital ni tan siquiera lo había hecho. No lloré al despertar entre las cortinas de la UCI, ni al enterarme de que mi mejor amiga había muerto. Tampoco en la muerte de algunos familiares que nos habían dejado.

Y ahora, en cambio, por no saber encender los fogones, lloraba.

Mi madre, con los ojos vidriosos cogió una de las sillas y se sentó en silencio junto a mi.

Fue entonces, cuando levantando un poco mi cabeza y separando ligeramente los brazos del cuerpo, los gatitos se hicieron visibles para mi madre entre la maraña de cabellos.

- Solo quería darles de comer. Y ni eso puedo hacer.

Con un vistazo a aquellos indefensos animales y al cazo, mi madre comprendió todo.

Poniendo sus manos sobre las mias me dio un beso en la cabeza y se levantó en silencio de su silla. Yo permanecía con la mirada empañada y perdida en algún punto entre la mesa y el suelo, mientras tanto escuchaba a mi madre abriendo y cerrando los armarios de la cocina. Cuando regresó a mi lado lo hizo poniendo en la menea una de esas cestitas hechas con palitos que se utilizan para poner el pan y colocó en ella el trapo en el que los había envuelto anteriormente. Con mucho cuidado me cogió los gatitos y los colocó en la cestita. De esta forma no correrían el riesgo de volver a caer.

Después me enseñó a encender los fogones y a que previamente había que abrir la válvula de la bombona de gas con la que funcionaba aquella cocina. Cuando estábamos calentando la leche entró mi padre, que también dirigió su mirada a la leche desparramada en primer lugar, después a nosotras y finalmente a los gatitos, arqueando las cejas de una forma un tanto cómica, lo que hizo que la comisura de mis labios se tensara en lo que podía ser un principio de sincera sonrisa.

La mañana había pasado sin darnos cuenta mientras atendíamos a los gatitos. Mis hermanos les habían buscado ya mil nombres a la hora de comer. Y si no llega a sonar el teléfono de mi madre avisando que el camión de la mudanza estaba a punto de llegar, posiblemente habríamos

pasado también la tarde pendientes únicamente de ellos.

Justo cuando terminamos de descargar todo y distribuirlo de la forma menos caótica posible por toda la planta baja llegó Maruja. Iba cargada con una bandeja cubierta con una servilleta blanca de tela, y subía la calle al tiempo que se paraba a mirar con todo descaro a los dos hombres que ya se marchaban en el camión de nuestra mudanza.

- ¡Hola familia! He pensado que con tanto ajetreo no os vendrían mal unas "torrijas" para merendar. He visto que os descargaban varios muebles grandes. Si necesitais ayuda le digo a Tomás y a mi sobrino Francho que vengan a ayudaros. Y claro, yo también puedo venir, que imagino que tendréis que guardar un montón de cosas...

## Capítulo 4